1639
Potosí

El testamento del mercader

Entre las cortinas, asoma la nariz del escribano. Huele a cera la alcoba, y a muerte. A la luz de la única vela, se adivina la calavera bajo la piel del moribundo.

–¿Qué esperas, buitre?

No abre los ojos el mercader, pero su voz suena invicta.

–Mi sombra y yo hemos discutido y decidido –dice. Y suspira. Y ordena al notario:

–No has de añadir ni quitar cosa alguna. ¿Me oyes? Te pagaré con doscientos pesos en aves, para que con sus plumas, y las que usas para escribir, vueles a los infiernos. ¿Me estás oyendo? ¡Ay! Cada día que vivo es un día que alquilo. Cada día más caro me cuesta. ¡Escribe, anda! Date prisa. Mando que con la cuarta parte de la plata que dejo, se hagan en la plazuela del puente unas grandes letrinas, para que nobles y plebeyos de Potosí rindan allí homenaje, cada día, a mi memoria. Otra cuarta parte de mis barras y monedas se ha de enterrar en el corral de ésta mi casa, y a sus puertas se pondrán cuatro perros de los más bravos, atados con cadenas y con buena ración, para guardar este entierro.

No se le enreda la lengua y continúa, sin tomar aliento:

–Y que con otra cuarta parte de mis riquezas, se cocinen los más exquisitos manjares y puestos en mis fuentes de plata se metan en una profunda zanja, con todos los mantenimientos de mis despensas, porque quiero que se harten los gusanos como conmigo lo harán. Y mando...

Agita el dedo índice, que proyecta una sombra de garrote sobre el blanco muro:

–Y mando... que a mi propio entierro no acuda persona alguna, sino que acompañen mi cuerpo todos los asnos que hubiere en Potosí, ataviados con riquísimos vestidos y las joyas mejores, que se proveerán con lo que reste de mis dineros.

Dicen los indios:

¿Que tiene dueño la tierra? ¿Cómo así? ¿Cómo se ha de vender? ¿Cómo se ha de comprar? Si ella no nos pertenece, pues. Nosotros somos de ella. Sus hijos somos. Así siempre, siempre. Tierra viva. Como cría a los gusanos, así nos cría. Tiene huesos y sangre. Leche tiene, y nos da de mamar. Pelo tiene, pasto, paja, árboles. Ella sabe parir papas. Hace nacer casas. Gente hace nacer. Ella nos cuida y nosotros la cuidamos. Ella bebe chicha, acepta nuestro convite. Hijos suyos somos. ¿Cómo se ha de vender? ¿Cómo se ha de comprar?

1640
San Salvador de Bahía

Vieira

Centellea la boca mientras lanza palabras armadas como ejércitos. El orador más peligroso del Brasil es un sacerdote portugués criado en Bahía, bahiano de alma.

Los holandeses han invadido estas tierras y el jesuita António Vieira pregunta a los señores coloniales si no somos nosotros de color tan oscuro respecto a los holandeses, como los indios respecto a nosotros. Desde el púlpito, el dueño de la palabra increpa a los dueños de la tierra y de la gente:

–¿He de ser señor porque he nacido más lejos del sol, y otros han de ser esclavos porque nacieron más cerca? ¡No puede haber mayor inconsideración del entendimiento, ni mayor error de juicio entre los hombres!

En la iglesita de la Ayuda, la más antigua del Brasil, António Vieira acusa también a Dios, culpable de ayudar a los invasores holandeses:

–¡Aunque nosotros somos los pecadores, Dios mío, vos habéis de ser, hoy, el arrepentido!

1641
Lima

Avila

Ha interrogado a miles y miles de indios, sin encontrar uno que no fuera hereje. Ha desbaratado ídolos y adoratorios, ha quemado momias; ha rapado cabezas y ha desollado espaldas a latigazos. A su paso, el viento de la fe cristiana ha purificado al Perú.
El sacerdote Francisco de Avila tiene sesenta y cinco años cuando siente que las fuerzas lo abandonan, anda medio sordo y le duele hasta la ropa; y decide que no se irá del mundo sin conseguir lo que viene queriendo desde que era muchacho. Solicita, entonces, su ingreso a la Compañía de Jesús.
–No,
contesta el rector de los jesuitas, Antonio Vázquez.
–No,
porque por más que diga que es hombre docto y gran lenguaraz, Francisco de Avila representa su condición de mestizo.

1641
Mbororé

Las misiones

Vienen los mamelucos de la región de San Pablo, cazadores de indios, devoradores de tierras: avanzan a son de caja, bandera tendida y orden militar, trueno de guerra, viento de guerra, a través del Paraguay. Traen largas cuerdas con collares para los indios que atraparán y venderán por esclavos en las plantaciones del Brasil.
Los mamelucos o bandeirantes llevan años arrasando las misiones de los jesuitas. De las trece misiones del Guayrá, no quedan más que piedras y carbones. Nuevas comunidades evangélicas han nacido del éxodo, aguas abajo del Paraná; pero los ataques, incesantes, continúan. En las misiones, la serpiente encuentra a los pajaritos reunidos y engordados, millares de indios entrenados para el trabajo y la inocencia, sin armas, fáciles para el zarpazo. Bajo la tutela de los sacerdotes, los guaraníes comparten una vida regimentada, sin propiedad privada ni dinero ni pena de muerte, sin lujo ni escasez, y marchan al trabajo cantando al son de las flautas. Nada pueden sus flechas de caña contra los arcabuces de los mamelucos, que prueban los aceros de sus alfanjes en hender los niños en dos partes y por trofeo se llevan jirones de sotanas y caravanas de esclavos.
Pero esta vez, una sorpresa espera a los invasores. El rey de España, asustado por la fragilidad de estas fronteras, ha ordenado que se entreguen armas de fuego a los guaraníes. Los mamelucos huyen en desbandada.
De las casas brotan penachos de humo y cantos de alabanza a Dios. El humo, que no es de incendio sino de chimeneas, celebra la victoria.



1641
Madrid

La eternidad contra la historia

El conde–duque de Olivares se muerde los puños y maldice bajito. Es mucho lo que manda, al cabo de veinte años de tanto hacer y deshacer en la corte, pero más fuerte pisa Dios.
La Junta de Teólogos acaba de rechazar el proyecto de canalización de los ríos Tajo y Manzanares, que tan bien vendría a los páramos de Castilla. Los ríos quedarán como Dios los hizo, y al archivo irán a parar los planos de los ingenieros Carducci y Martelli.
En Francia anuncian que pronto se abrirá el gran canal del Languedoc, para unir el Mediterráneo con el valle del Garona. Mientras tanto, en esta España que ha conquistado América, la Junta de Teólogos decide que atenta contra la Divina Providencia quien intenta mejorar lo que ella, por motivos inescrutables, ha querido que sea imperfecto. Si Dios hubiera deseado que los ríos fueran navegables, los habría hecho navegables.

1644
Jamestown

Opechancanough

Antes de que un soldado inglés lo fulmine por la espalda, el jefe Opechancanough se pregunta: "¿Dónde está el guardián invisible de mis viajes? ¿Quién me ha robado la sombra?"
A los cien años, ha sido derrotado. Había acudido en litera al campo de batalla. Hace más de ochenta años, el almirante Pedro Menéndez de Avilés se lo llevó a Cádiz. Lo presentó en la corte de Felipe II: "He aquí un bello príncipe indio de la Florida". Le pusieron calzas, jubón y gola. En un convento dominicano de Sevilla le enseñaron la lengua y la religión de los castellanos. Después, en México, el virrey le regaló su nombre y Opechancanough pasó a llamarse Luis de Velasco. Al tiempo regresó a la tierra de sus padres, como intérprete y guía de los jesuitas. Su gente creyó que volvía de la muerte. Predicó el cristianismo y después se desnudó y degolló a los jesuitas y volvió a llamarse como antes.
Desde aquel entonces, ha matado mucho y ha visto mucho. Ha visto las llamas devorando aldeas y campos de cultivo y a sus hermanos vendidos al mejor postor,

en esta región que los ingleses bautizaron Virginia en memoria de una reina virgen de espíritu. Ha visto a la viruela tragándose hombres y al tabaco, avasallante, devorando tierras. Ha visto cómo eran borradas del mapa diecisiete de las veintiocho comunidades que aquí había, y cómo a las otras les daban a elegir entre la diáspora y la guerra. Treinta mil indios dieron la bienvenida a los navegantes ingleses que llegaron a la bahía de Chesapeake, una fresca mañana de 1607. Sobreviven tres mil.



1645
Quito

Mariana de Jesús

Año de catástrofes para la ciudad. Una cinta negra cuelga de cada puerta. Los invisibles ejércitos del sarampión y la difteria han invadido y están arrasando. La noche se ha desplomado en seguida del amanecer y el volcán Pichincha, el rey de nieve, ha reventado: un gran vómito de lava y fuego ha caído sobre los campos y un huracán de ceniza ha barrido la ciudad.

–¡Pecadores, pecadores!

Como el volcán, el padre Alonso de Rojas echa llamaradas por la boca. Desde el púlpito refulgente de la iglesia de los jesuitas, iglesia de oro, el padre Alonso se golpea el pecho, que retumba mientras llora, grita, clama:

–¡Acepta, Señor, el sacrificio del más humilde de tus siervos! ¡Que mi sangre y mi carne expíen los pecados de Quito!

Entonces una muchacha se alza al pie del púlpito y serenamente dice:

–Yo.

Ante el gentío que desborda la iglesia, Mariana anuncia que es ella la elegida. Ella calmará la cólera de Dios. Ella será castigada por todos los castigos que su ciudad merece.

Mariana jamás ha jugado a ser feliz ni ha soñado que lo era, ni ha dormido nunca más de cuatro horas. La única vez que un hombre le rozó la mano, quedó enferma, y con fiebre, durante una semana. Desde muy niña decidió ser la esposa de Dios y no le brinda su amor en el convento sino en las calles y los campos: no bordando ni haciendo dulces y jaleas en la paz de los claustros, sino orando de rodillas sobre las espinas y las piedras y buscando pan para los pobres, remedio para los enfermos y luz para los anochecidos que ignoran la ley divina.

A veces, Mariana se siente llamada por el rumor de la lluvia o el crepitar del fuego, pero siempre suena más fuerte el trueno de Dios: ese Dios de la ira, barba de serpientes, ojos de rayo, que en sueños se le aparece desnudo para ponerla a prueba.

Mariana regresa a su casa, se tiende en la cama y se dispone a morir en lugar de todos. Ella paga el perdón. Ofrece a Dios su carne para que coma y su sangre y sus lágrimas para que beba hasta marearse y olvidar.

Así cesarán las plagas, se calmará el volcán y la tierra dejará de temblar.

1645
Potosí

Historia de Estefanía, pecadora mujer de Potosí

(en versión abreviada de la crónica
de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela)

Nació Estefanía en esta Villa imperial y creció en hermosura a tal grado que más no pudo subirlo la naturaleza.

A los catorce años de su edad se salió de casa la bellísima doncella, aconsejada de otras perdidas mujeres, y habiendo entendido su madre la abominable determinación con que esta hija se le apartaba, llena de pesar en breves días acabó la vida.

No por ello se enmendó la hija, que habiendo ya perdido el tesoro inestimable de la virginidad, vistiéndose profanamente se hizo pública y escandalosa pecadora.

Viendo su hermano tanto descrédito y mala fama, la llamó a su casa y díjole: "Aunque te pese me has de oír, que mientras estuvieres en pecado mortal eres enemiga de Dios y esclava del demonio, y demás de esto degeneras de tu nobleza y deshonras todo tu linaje. Mira, hermana, lo que haces, levántate de ese cieno, teme a Dios y haz penitencia". A lo cual Estefanía respondió: "¿Qué necesidad tienes de mí, hipocritón?" Y mientras el hermano la reprendía, en un momento desnudó ella la cortadora daga que de la pared colgaba y con diabólica fiereza arremetió diciendo: "Sólo esta respuesta merecían tus razones". Dejólo muerto en un lago de sangre y después disfrazó aquella maldad con fingido sentimiento, vistiéndose de luto y ponderando la lástima.

También su anciano padre, pesaroso por la muerte del buen hijo y el escándalo de la mala hija, procuró reducirla con buenas razones que contra su voluntad escuchaba la despiadada. En vez de la enmienda, dio ella en aborrecer al venerable viejo y a la medianoche puso fuego a la techumbre de su casa. Saltó de la cama el turbado anciano, gritando a toda voz: "¡Fuego, fuego!", mas cayeron las vigas que sustentaban el techo y allí mismo lo abrasó el terrible elemento.

Viéndose libre Estefanía, con más desenfreno se dio a mayores vicios y pecados.

Arribó en esos días a esta Villa de Potosí un hombre de los reinos de España, mercader de los más opulentos que en aquellos galeones vinieron al Perú, y llegó a sus noticias la hermosura y gracia de aquella pública pecadora. Solicitóla, y cuando más gustosos se hallaban en sus torpezas,

un amante antiguo de la dama, armado de todas las armas y con dos bravas pistolas, apareció decidido a vengar su agravio.

Halló el antiguo amante sola a la mujer, mas con engañosas palabras detuvo ella su airado ánimo, y cuando hubo mitigado tan arrebatada cólera, con gran presteza sacó de la manga un cuchillo y cayó al suelo muerto el infeliz.

Refirió Estefanía el suceso al rico mercader. Pasados algunos meses, estando él muy atormentado por los celos, amenazóla con acusarla a la justicia del homicidio hecho. En esos días fueron juntos a bañarse a la laguna de Tarapaya. Arrojó ella de sí sus ricos vestidos, quedando patente la nieve de su cuerpo salpicada de bellísimo carmín, y desnuda se echó al agua.

Siguióla el descuidado mercader y estando juntos en la mitad de la laguna, con toda la fuerza de sus brazos metió ella la cabeza del desventurado dentro del agua.

No se crea que pararon allí sus abominaciones. De un golpe de alfanje acabó con la vida de un caballero de ilustre sangre; y a otros dos mató con veneno que envió en una merienda. Por sus intrigas traspasáronse otros los pechos a estacadas, quedando Estefanía alegrísima de que se derramara sangre por su causa.

Y así fue hasta el año de 1645, cuando escuchó la pecadora un sermón del padre Francisco Patiño, siervo de Dios de cuyas admirables virtudes gozaba en este tiempo Potosí, y socorrióla Dios con un rayo de su divina gracia. Y fue tan grande el dolor de Estefanía que comenzó a derramar arroyos de lágrimas, con grandes suspiros y sollozos que parecía se le arrancaba el alma, y cuando acabó el sermón arrojóse a los pies del sacerdote pidiéndole confesión.

Exhortóla el padre a penitencia y absolvióla, que bien se sabe con cuánta felicidad se entregan las mujeres en manos de la serpiente, por tachas heredadas de la que tentó a Adán. Se levantó Estefanía de los pies del confesor cual otra Magdalena y cuando iba camino de su casa, ¡oh, dichosa pecadora!, mereció que se le apareciese María Santísima y le dijese: “Hija, ya estás perdonada. Yo he pedido por ti a mi Hijo, porque en tu niñez rezabas mi rosario”.

1647
Santiago de Chile

Se prohíbe el juego de los indios de Chile

El capitán general, don Martín de Mujica, proclama por caja y pendón la prohibición del juego de la chueca, que los araucanos practican, según su tradición, golpeando una pelota con palos de punta corva, en cancha rodeada de ramajes verdes.

Con cien azotes serán castigados los indios que no cumplan; y con multa los demás, porque mucho se ha difundido la infame chueca entre la soldadesca criolla.

Dice el bando del capitán general que se dicta la prohibición para que se eviten pecados tan contra la honra de Dios Nuestro Señor y porque corriendo la pelota los indios se entrenan para la guerra: del juego nacen alborotos y así después corre la flecha entre ellos. Es una indecencia, dice, que en la chueca se junten hombres y mujeres casi desnudos, vestidos apenas de plumas y pieles de animales en los que fundan la ventura de ganar. Al comienzo invocan a los dioses para que la bola sea favorable a sus proezas y carreras y al final, todos abrazados, beben chicha a mares.



1648
Olinda

Excelencias de la carne de cañón

Era niño cuando lo arrancaron de su aldea africana, lo embarcaron en Luanda y lo vendieron en Recife. Ya era hombre cuando huyó de los cañaverales y se refugió en uno de los baluartes negros de Palmares.

No bien los holandeses entraron en Brasil, los portugueses prometieron la libertad a los esclavos que combatieran contra los invasores. Los cimarrones de Palmares decidieron que esa guerra no era la suya: tanto daba que fueran holandeses o portugueses quienes empuñaran el látigo en los cañaverales y los ingenios. Pero él, Henrique Dias, acudió a ofrecerse. Desde entonces comanda un regimiento de negros que pelean por la corona portuguesa en el nordeste brasileño. Los portugueses lo han hecho hidalgo caballero.

Desde Olinda, el capitán Henrique Dias envía una carta de intimidación al ejército holandés acantonado en Recife. Advierte que de cuatro naciones se compone su regimiento, el Tercio de los Henriques: Minas, ardas, angolas y criollos: éstos son tan malévolos que no temen ni deben; los minas tan bravos, que donde no pueden llegar con el brazo llegan con el nombre; los ardas tan fogosos, que todo quieren cortar de un solo golpe; y los angolas tan robustos, que ningún trabajo los cansa. Consideren ustedes, ahora, si no han de romper a toda Holanda hombres que todo rompieron.



1649
Sainte Marie des Hurons

El lenguaje de los sueños

–Pobrecitos,
piensa el padre Ragueneau, mientras contempla a los indios hurones rodeando de regalos y rituales a un hombre que ha soñado, anoche, un sueño misterioso. La comunidad le da de comer en la boca y danza para él; lo acarician las muchachas, lo frotan con ceniza. Después, sentados todos en rueda, se ponen a adivinarle el sueño. Persiguen el sueño a flechazos de imágenes o palabras y él va diciendo: "No, no", hasta que alguien dice: "Río", y entonces, entre todos, consiguen atraparlo: el río, una corriente furiosa, una mujer sola en una canoa, ella ha perdido el remo, el río se la lleva, la mujer no grita, sonríe, parece feliz... "¿Soy yo?", pregunta una de las mujeres. "¿Soy yo?", pregunta otra. La comunidad llama a la que tiene ojos que penetran hasta los más escondidos deseos, para que ella interprete los símbolos del sueño. Mientras bebe un té de hierbas, la vidente invoca a su espíritu guardián y va descifrando el mensaje.
Creen los hurones, como todos los pueblos iroqueses, que el sueño transfigura las cosas más triviales y las convierte en símbolos al tocarlas con los dedos del deseo. Creen que el sueño es el lenguaje de los deseos no realizados y llaman ondinnonk a los secretos deseos del alma, que la vigilia ignora. Los ondinnonk asoman en los viajes que hace el alma mientras duerme el cuerpo.
–Pobrecitos –piensa el padre Ragueneau.
Para los hurones, se hace culpable de gran crimen quien no respeta lo que el sueño dice. El sueño manda. Si el soñador no cumple sus órdenes, el alma se enoja y enferma al cuerpo o lo mata. Todos los pueblos de la familia iroquesa saben que la enfermedad puede venir de guerra o accidente, o de la bruja que mete en el cuerpo dientes de oso o astillas de hueso, pero también viene del alma, cuando ella quiere algo que no le dan.
El padre Ragueneau discute con otros jesuitas franceses que predican en la región. El defiende a los indios del Canadá: resulta tan fácil llamar sacrilegio a lo que es mera estupidez...
Algunos sacerdotes ven los cuernos de Satanás asomando en estas supersticiones; y están escandalizados porque dos por tres sueñan los indios contra el sexto mandamiento y al día siguiente se libran a terapéuticas orgías. Habitualmente andan los indios casi desnudos, mirándose y tocándose en demoníaca libertad, y se casan y se descasan cuando quieren; y basta con que el sueño lo ordene para que se desate la fiesta del andacwandat, que es siempre ocasión de frenéticos pecados. El padre Ragueneau no niega que puede

encontrar el Diablo tierra abonada en esta sociedad sin jueces, ni comisarios, ni cárceles, ni propietarios, donde las mujeres comparten el mando con los hombres y juntos adoran dioses falsos, pero reivindica el fondo de inocencia de estas almas primitivas, todavía ignorantes de la ley de Dios.
Y cuando otros jesuitas se estremecen de pánico porque cualquier noche de éstas algún iroqués puede soñar que mata un cura, Ragueneau recuerda que eso ha ocurrido ya, varias veces, y que entonces basta con permitir que el soñador destripe una sotana mientras danza su sueño en una inofensiva pantomima.
–Estas son costumbres tontas –opina el padre Ragueneau–, pero no son costumbres criminales.

Una historia iroquesa

Nieva en el mundo y en el centro de la casa grande habla el viejo narrador, de cara al fuego. Sentados sobre pieles de animales, todos escuchan mientras cosen la ropa y reparan las armas.
–En el cielo había crecido el árbol más grandioso –cuenta el viejo–. Tenía cuatro largas raíces blancas, que se extendían en las cuatro direcciones. De ese árbol nacieron todas las cosas...
Cuenta el viejo que un día el viento arrancó el árbol de cuajo. Por el agujero que se abrió en el cielo cayó la mujer del gran jefe, llevando en la mano un puñado de semillas. Una tortuga le trajo tierra sobre el caparazón, para que ella plantara las semillas, y así brotaron las primeras plantas que nos dieron de comer. Después esa mujer tuvo una hija, que creció y se hizo esposa del viento del oeste. El viento del oeste le sopló ciertas palabras al oído...
El buen narrador cuenta su historia y hace que ocurra. El viento del oeste está soplando, ahora, sobre la casa grande; se mete por la chimenea y la humareda vela las caras.
El hermano lobo, que enseñó a los iroqueses a reunirse y a escuchar, aúlla desde los montes. Es hora de dormir.
Una mañana cualquiera, el viejo narrador no despertará. Pero alguno de los que han escuchado sus historias las contará a otros. Y después ese alguno también morirá, pero las historias continuarán vivas mientras haya casas grandes y gentes reunidas en torno del fuego.

Canto del canto de los iroqueses

Cuando yo canto,
puedo ayudarla.
¡Sí, puedo, sí!
¡Fuerte es el canto!
Cuando yo canto,
puedo levantarla.
¡Sí, puedo, sí!
¡Fuerte es el canto!
Cuando yo canto,
enderezo sus brazos.
¡Sí, puedo, sí!
¡Fuerte es el canto!
Cuando yo canto,
enderezo su cuerpo.
¡Sí, puedo, sí!
¡Fuerte es el canto!